

Anatomía de una coartada

Ashley Elston

Fragmento

1

Aubrey

LA COARTADA

Sábado, 10 de octubre

Me basta hacer un gesto con la cabeza para que el camarero coja la botella de ginebra. La clientela ha ido aumentando en los cuarenta y cinco minutos que llevo en este taburete de la barra, y me alegro de que el local estuviera relativamente vacío cuando he llegado. Estos suelos de madera antigua consiguen darle un auténtico rollo de mala muerte al bar, pero me han jugado una mala pasada en cuanto he entrado. Casi me llevo por delante a un camarero con su bandeja de bebidas, así como a un par de parroquianos cuyo único error ha sido estar demasiado cerca cuando mi tacón de ocho centímetros se ha enganchado entre dos tablas del suelo. Hay algunas cosas que echaré de menos del tiempo que he pasado aquí, pero desde luego no serán estos zapatos.

El segundo negroni de la noche aparece frente a mí.

—¿Quiere pedir algo de comer?

Mirando la placa de identificación del camarero, digo:

—No, gracias, Ray. Solo voy a beber.

Él va a la nevera y saca dos cervezas Ultra para la chica que se ha embutido entre mi taburete y el de al lado, mientras que yo me armo de valor para darle el primer sorbo a mi bebida. Consigo tragarme unas gotas sin estremecerme. Vamos mejorando.

—¿Seguro que lo he preparado bien?

Ray me mira muy atento, olvidando las dos cervezas que tiene en la mano. Quizá no estoy tan imperturbable como creía.

Cuando he pedido el primer cóctel, a él le ha sorprendido mi elección. Toda esta clientela parece más bien inclinada a las bebidas clásicas y los chupitos cuando quiere algo fuerte.

—Sí, está perfecto. —Y es cierto, está preparado como es debido. No es culpa suya que yo deteste la ginebra. Alzo el vaso y doy un buen trago, rezando para no tener que tambalearme hasta el baño para devolverlo todo.

Él parece satisfecho y vuelve a concentrarse en la chica, con la que intercambia las botellas por unos billetes arrugados.

Doy unos golpecitos en la pantalla de mi teléfono móvil y veo que solo han pasado siete minutos desde la última vez que lo he mirado. Tengo que seguir aquí al menos otra hora. Ojalá pudiera agitar simplemente mi bebida tal como marearía en el plato una comida que no me apeteciera; así no heriría los sentimientos de Ray.

La pareja de mi derecha deja unos dólares en la barra y se marcha, pero el taburete que tengo al lado solo permanece vacío un par de segundos.

—Una Miller Lite —dice el hombre que lo ha ocupado cuando Ray le pregunta qué desea.

Él echa un buen trago en cuanto tiene la cerveza delante.

—Vaya día de mierda —musita para sí mismo; luego se pasa la mano por la cara.

Conozco esa sensación, ya lo creo. Podría decir exactamente lo mismo sobre el día que yo he pasado. Sé lo que ha sido más duro del mío, pero me muerdo la lengua para no preguntarle cómo ha sido en su caso. Me recuerdo a mí misma que no he venido aquí para charlar de naderías con desconocidos, por mucho que esté deseando con ansiedad que esta noche se acabe.

El hombre se vuelve hacia mí, como atraído por las preguntas que se agolpan detrás de mis labios firmemente cerrados. Me recorre con la mirada y yo retiro la mano de la barra y me la escondo en el regazo antes de que pueda ver el diamante de considerable tamaño y el anillo de platino que llevo en el anular izquierdo.

En vez de analizar el motivo de ese impulso, me giro en el taburete, dándole la espalda a la barra, y contemplo el panorama que tengo delante. El humo, sumado a la tenue luz del local, lo vuelve todo un poco brumoso.

Al cabo de solo unos segundos, él imita mi movimiento. Nos separan unos sesenta centímetros por lo menos, pero estar sentada así a su lado resulta extrañamente íntimo.

En mi desesperada necesidad de una distracción para pasar este último rato, me inclino hacia él y pregunto:

—¿Has oído alguna vez a ese grupo?

Unos focos iluminan el trío de instrumentos que hay en el diminuto escenario del rincón. Los miembros del grupo han terminado de montarlo todo justo cuando yo he llegado, pero luego se han ido al extremo de la barra y se han pasado el rato con unas chicas que están de despedida de soltera. Tal como va la cosa, no parece que lo de la música en vivo vaya a empezar pronto.

—No, nunca —dice él. Tiene una voz profunda e intensa. Señalando con la cabeza las tres mesas de billar del otro extremo, añade—: La mayoría viene aquí a jugar al billar y a beber, no a escuchar música. —Hay hileras de monedas apiladas a lo largo de los bordes laterales de cada una de las mesas para reclamar los turnos siguientes. Parece que debes llegar aquí bastante pronto si quieres tener alguna posibilidad de jugar. El hombre acaba comentando—: El dueño, Gary, tiene un gusto musical pésimo, o sea que yo que tú no me haría ninguna ilusión de que sean buenos.

Le lanzo unas miraditas furtivas mientras él observa la partida de la mesa más cercana. Da la impresión de que somos más o menos de la misma edad, así que deduzco que le falta poco para cumplir los treinta. Es atractivo, pero aun así parece asequible, lo cual es la mejor combinación. Su cara extremadamente bronceada y sus manos curtidas me dicen que no trabaja en una oficina, pero su camisa planchada indica que le gusta tener buen aspecto cuando no está trabajando. No lleva alianza, pero sí un bonito reloj. En conjunto, tiene una pinta estupenda.

Él mira mi vaso. Aún está casi lleno, pero es evidente que el cóctel se ha aguada, ahora que se ha derretido todo el hielo, y la abundante condensación del cristal ha empapado la servilleta que hay debajo.

—¿Quieres tomar otra cosa? —Se gira un poco hacia mí y yo hago lo mismo hasta que estamos casi frente a frente.

—No puedo pedir nada más —digo, encogiéndome de hombros.

Él ladea la cabeza mientras analiza mis palabras.

—Pero yo sí puedo pedirte otra bebida. —No es una pregunta.

Bajo la mirada a la botella de cerveza que tiene entre las manos.

Él se vuelve hacia la barra al tiempo que levanta la botella y extiende dos dedos. Yo no puedo mirar a Ray cuando me pone una cerveza delante. Una vez que se ha alejado hacia otro cliente, dejo el cóctel y cojo la botella. Pero antes de que pueda echar un trago, el hombre choca el cuello de la suya con la mía.

—Espero que esto te guste más.

Nunca me he alegrado tanto de poder enjuagarme el paladar. Echo un buen trago y me seco los labios con la servilleta de papel.

—Gracias.

Él me sostiene la mirada mientras yo me repito para mis adentros una y otra vez: «¡No estás aquí para esto!». No debería estar hablando con este desconocido. Ni permitir que me invite.

—Me dan ganas de decir «Tú no eres de por aquí», porque yo conozco a todo el mundo en esta ciudad, pero me doy cuenta de que es la peor frase del mundo para iniciar una conversación.

Se me escapa una risotada antes de poder contenerme.

—Sí, no digas eso —contesto, aunque ya lo ha hecho.

Aquí es donde yo debería mencionar a Ben.

Pero estoy cansada de hablar de Ben. De Ben y de sus casos de altos vuelos. Ya estoy harta de explicar hasta qué punto puede aburrirse una esposa cuando su marido se pasa más tiempo en la oficina que en casa. Y en cuanto mencione a Ben, la mirada de este hombre buscará mi mano izquierda todavía escondida. Sus ojos recorrerán mis pendientes de diamantes y el bolso Chanel colgado del respaldo de mi taburete; luego mis ojos ahumados y mis labios pintados de rojo, que conjuntan a la perfección con mi vestido. Ya puedo imaginarme cómo cambiará de actitud cuando me haya evaluado con ese rápido repaso: menuda mocosa malcriada debo parecer.

Así que no menciono a Ben ni a sus absorbentes clientes, y tampoco sus grandes procesos judiciales.

El desconocido no me dice su nombre ni yo le digo el mío. Quizá haya una mujer a la que tendría que mencionar, pero también prefiere no hacerlo. Quizá los dos estamos disfrutando unos minutos en los que podríamos ser cualquier otra persona, y no la que se supone que somos.

—No me creo tu farol de que conoces a todo el mundo aquí.

Sus ojos se iluminan.

—Ponme a prueba.

Me giro de nuevo hacia la multitud y él hace lo mismo. Recorro el bar con la vista hasta detenerme en un hombre de mediana edad con unos tejanos descoloridos y un chaleco de cuero negro de motorista cubierto de insignias. Sin camisa debajo, solo con el chaleco. No es un mal look, pero en mi opinión los brazos deberían ser irresistibles para que resultara eficaz y, por desgracia, los suyos no lo son. Acercándome un poco más, intento señalarle mi objetivo sin que se note demasiado.

—¿Cómo se llama ese tipo? Y dime algo interesante sobre él.

El espacio entre nosotros se reduce aún más. Él se echa a reír al ver a quién me refiero.

—Ah, empezamos con uno fácil. Ese es Kenny Hudson. Regenta la pastelería de Commerce Street. Aunque tú pensarías que en el aparcamiento hay una Harley con su nombre, en realidad ha venido con un Corolla beige. Ese chaleco lo compró por eBay. Un par de tipos se cachondearon de él la primera vez que se presentó de esta guisa, y él se desquitó suprimiendo la tarta de manzana del menú de la pastelería durante una semana. Nadie le ha dicho nada desde entonces.

No puedo contener las carcajadas que me han entrado a mitad de su descripción.

—No te creo —digo al fin.

Él encoge un hombro.

—Es una tarta de manzana buenísima. —Su rostro permanece impassible, pero la comisura de sus labios se tuerce en una adorable sonrisita—. ¿Quizá es eso lo que te ha traído a la ciudad? ¿La tarta de manzana mundialmente famosa de Kenny?

Me da la sensación de que ahora tengo una sonrisa permanente en la cara. Este tipo tiene un encanto increíble.

—Vale, sigamos. —Examino de nuevo a la multitud—. ¿Qué me dices de la mujer apoyada en la gramola? —Está con la espalda pegada a la máquina, mirando su móvil sin parar, y parece ajena a todo lo que la rodea.

—Ah, esa es sin duda una triste historia —dice él—. Es Frieda von Samsung.

A mí casi se me atraganta la cerveza.

—¿Has dicho Frieda von Samsung?

—Sí, la heredera desaparecida del imperio Samsung. Pero es una chica sencilla en el fondo, así que se fugó y ha estado escondida aquí desde entonces para poder vivir en paz con su iPhone. —Se inclina un poco más hacia mí—. ¿Has venido para buscar a Frieda von Samsung y poder cobrar la recompensa?

Yo ya ni siquiera intento contener la risa.

—Me has pillado. He estado siguiendo su rastro desde que se largó de casa.

Los siguientes treinta minutos pasan volando mientras analizamos a una persona tras otra, cada vez con descripciones más absurdas y con hipótesis más descabelladas de su parte sobre el motivo de mi presencia aquí. Los músicos han empezado a tocar por fin y, a la segunda canción, la pista de baile ya se ha llenado a medias, pese a que este grupo es el peor que he escuchado en mi vida.

—Tenía muchas esperanzas puestas en estos tipos, pero parece ser que el gusto de Gary no ha mejorado —dice él, señalando el escenario.

—Ah, me sabe muy mal que digas eso. —Lo miro frunciendo un poco el ceño—. Yo soy su representante. Cheese Freedom tiene mucho potencial. Estoy decidida a convertirlos en los nuevos One Direction.

Durante una fracción de segundo parece que lo he pillado desprevenido; luego sus labios dibujan una sonrisa y yo debo reconocer que no solo es encantador, sino irresistiblemente atractivo.

—Solo por eso vas a tener que bailar conmigo mientras Cheese Freedom destroza esa canción de Tom Petty.

Antes de que pueda considerar siquiera la idea de aceptar su propuesta, la pantalla de mi móvil se ilumina con la alarma que he programado hace un rato y que me recuerda que mi día no ha terminado aún. Lo cojo de la barra y la apago; luego le hago a Ray la seña universal para pedir la cuenta.

—¿Ya te vas? —pregunta él, volviéndose también hacia la barra.

—Sí, lo siento. —Ha sido divertido matar el tiempo coqueteando con este hombre, pero debo irme.

Ray me trae la cuenta y yo le doy mi tarjeta de crédito sin mirar el total. Cuando vuelve, añado una generosa propina en el recibo y firmo.

Al bajarme del taburete, rezo para no torcerme el tobillo y poder salir de este bar con cierta dignidad intacta. Cuando ya me dispongo a marcharme, el hombre me pregunta:

—¿Puedo acompañarte afuera?

Yo ya estoy negando con la cabeza antes de que él termine de formular la pregunta. Le lanzo una mirada rápida y digo:

—Me hacían falta unas risas más de lo que te imaginas, así que gracias.

Me voy hacia la puerta con pasos lentos y firmes. En cuanto estoy fuera, me quito los zapatos de tacón y corro al coche.

Una vez dentro, arranco y miro el reloj del salpicadero mientras permanezco con el motor al ralentí en el aparcamiento. De repente, una pareja se apoya tambaleante en la puerta del copiloto de mi coche, sobresaltándome lo suficiente para que suelte un grito. El tipo aprieta a la chica contra la ventanilla y le está levantando la parte posterior de la blusa con ambas manos. No es posible que esto esté pasando justo ahora. Golpeo el cristal ruidosamente y les doy un buen susto, tal como ellos me lo han dado a mí. Ambos se inclinan para mirar el interior del coche y luego agitan la mano con aire beodo y se van a buscar otro rincón donde proseguir su sesión de magreo.

Parar aquí a tomar una copa no ha sido en realidad una gran idea. Meto una marcha. Pero eso ya no seguirá siendo problema mío mucho tiempo.

2

Aubrey

LA COARTADA

Sábado, 10 de octubre

A estas horas, el trayecto de vuelta a la gasolinera, la misma en la que he parado hace doce horas al entrar en la ciudad, es muy rápido. La niebla brumosa que se ha levantado distorsiona el resplandor de los neones de la marquesina que cubre los surtidores, confiriéndole a la noche un aire misterioso. El tiempo que he pasado en el bar Chantilly's ha sido una agradable distracción, pero ahora ha regresado la

inquietud que he sentido durante la mayor parte del día. Cojo la bolsa de plástico del asiento del copiloto, meto el móvil dentro y me bajo del coche.

La gasolinera está más concurrida de lo que suponía, dada la hora y el tamaño de esta ciudad. La niebla me provoca un efecto engañoso, como si la gente entrara y saliera de la existencia al adentrarse en la oscuridad.

Los intensos fluorescentes resultan todo un shock al entrar en la tienda y me obligan a guiñar los ojos mientras me dirijo al pequeño baño público.

Debo haber llegado antes que ella.

Tras dejar la bolsa de plástico sobre la tapa del váter, tiro de la palanca del dispensador de toallitas de papel que hay junto al lavamanos hasta sacar cinco o seis. Con cuidado, formo en el suelo un pequeño cuadrado lo bastante grande para colocarme encima y no pisar descalza las baldosas sucias.

Me hace falta todo un ejercicio de malabarismo para cambiarme el vestido y los zapatos de tacón por una camiseta estampada, unos pantalones de chándal y unas chancletas, pero acabo consiguiéndolo sin moverme de mi isla de papel.

Me paso la mano por la larga melena de color castaño claro antes de quitarme la peluca y el gorro, con lo que mi propio pelo casi negro vuelve a su sitio, justo por encima de los hombros. Guardo el vestido, los zapatos y la peluca en la bolsa. En cuanto lo tengo todo recogido, suena un suave golpe en la puerta.

La abro lentamente y me asomo.

Aquí está. Camille Bayliss.

El baño es angosto, pero nos las arreglamos para caber las dos dentro.

Y ahora la pregunta que me moría de ganas de hacer durante todo el día.

—¿Cómo ha ido?

—No como esperábamos.

La miro ladeando la cabeza.

—Si no ha salido como esperábamos, ¿cómo ha ido?

Ella frunce los labios mientras piensa cómo responder.

—No he tenido éxito. —Antes de que pueda seguir interrogándola, me pregunta—: ¿Y tú? ¿Algún problema?

—Todo bien por mi lado. —Hago una pausa y añado—: ¿No has descubierto nada?

Ella menea la cabeza, pero sin dar una excusa o una explicación.

Hay muchas cosas que ninguna de las dos dice, y ambas lo sabemos.

Me balanceo sobre mis pies. Este espacio es demasiado reducido para mantener esta conversación.

—Y ahora ¿qué?

Camille inspira hondo.

—Volveremos a intentarlo. Solo hemos de calcular cuándo.

Está mintiendo. Se lo veo en la cara. Algo ha cambiado hoy para ella, y me gustaría saber qué ha sido.

—Toma —le digo, tendiéndole la bolsa de plástico y el bolso. No tengo ningunas ganas de quedarme el vestido y los zapatos de tacón, aunque estoy segura de que ella no los desea recuperar. Coge ambas cosas y luego extiende la mano derecha, pero yo no entiendo qué más quiere de mí.

—Los anillos.

En cuanto lo dice, noto su peso en mis dedos.

—Ah, sí, casi se me olvidaba. —Es sorprendente lo fáciles que son de quitar, teniendo en cuenta cómo de atrapada me sentía con ellos. Dejo primero el anillo de compromiso, y luego el de boda, en su mano abierta. Ella los mira durante unos tensos segundos antes de ponérselos en el dedo anular.

—¿El móvil y las llaves? —pregunta.

—Las llaves están en el bolso; el móvil, en la bolsa de plástico. —Ya estoy lista para salir de aquí. Pero tengo que hacerle creer que seguimos en el mismo equipo, aunque nada más lejos de la realidad.

—¿Has terminado en un bar llamado Chantilly's y no en el que yo escogí? —dice Camille como si fuera una pregunta, aunque no lo es.

Me viene la imagen de la cara sonriente de aquel hombre misterioso, pero me apresuro a apartarla de mi mente.

—Sí, no he pensado que tuviera importancia dónde me tomaba una copa. —Me obligo a cerrar la boca antes de que se me ocurra disculparme por ese cambio de planes.

Ella me observa un instante y luego asiente.

—Claro, no hay problema. He observado otro par de desvíos del programa previsto. ¿Estás segura de que todo ha ido como planeamos?

Ahora me toca a mí mentir.

—Sí. Simplemente me he desorientado un poco. He pensado que no importaba mientras estuviera en Saint Francisville.

Camille mantiene la bolsa pegada a su pecho. Está tan lista para salir de aquí como yo.

—La llave del otro coche está puesta. Vete a casa. Me pondré en contacto contigo dentro de unos días para que diseñemos un nuevo plan.

Ella se escabulle del baño y yo espero un minuto más o menos antes de hacer otro tanto.

Camille y el Range Rover ya han desaparecido cuando llego al aparcamiento, pero el viejo Honda Accord con el que he venido desde Baton Rouge me está esperando ahí.

Nuestro plan era crear un rastro digital claro y definido que empezaba a mediodía y terminaba justo antes de medianoche. Cada movimiento estaba previsto de antemano.

Pero ese recorrido trazado con tanto cuidado no reflejaría mis pasos. Reflejaría los pasos de Camille Bayliss, la esposa de Benjamin Bayliss.

Camille necesitaba poder moverse sin ser rastreada ni monitorizada por su marido. Ben ha mantenido oculto un sucio secreto durante años, un secreto que nos afecta a las dos, y sería imposible obtener una prueba de ello mientras él siguiera cada uno de sus movimientos en tiempo real, como tiene tendencia a hacer.

Así, lo que él observaría sería cada uno de mis movimientos.

Ben vería la ubicación exacta del móvil de Camille, así como la del Range Rover, gracias al útil sistema Journeys. Y como Camille es Camille, habría múltiples compras que generarían notificaciones del banco, correspondientes al montón de recibos de la tarjeta de crédito que hay en su bolso de Chanel.

Y eso, en gran parte, es lo que ha sucedido.

No estoy segura de lo que implicará el nuevo plan, pero de ningún modo voy a cambiarme por ella una segunda vez. Hubo un momento en el que yo la necesitaba más que ella a mí, pero ahora ya no.

Hoy he utilizado mi tiempo siendo «ella» para asegurarme de eso.

El trayecto en coche a casa no es largo, pero me da la sensación de que tardo el doble de lo que debería. Dejo el Accord en un aparcamiento que no queda lejos del centro, el mismo donde lo he recogido esta mañana. Me entran dudas sobre si dejar las llaves bajo la esterilla. Que el coche sea más viejo que yo misma no significa que no puedan robarlo, pero acabo siguiendo las instrucciones de Camille.

Eso tampoco es ya problema mío.

Ninguno de los objetos que había en el Range Rover era mío, así como no hay nada mío en el Honda.

Hay un corto recorrido a pie por la avenida principal hasta mi barrio. Después de llevar ropa de diseño, conducir un coche de lujo y utilizar una tarjeta de crédito que probablemente no tiene límite, la realidad de mi propia vida me golpea con un poco más de fuerza al doblar por mi calle. Es un lugar bastante decente donde vivir, pero desde luego no tiene nada que ver con las codiciadas urbanizaciones privadas de las afueras.

Me da la sensación de que cada paso que doy requiere más energía de la que tengo. Las últimas doce horas me han agotado por completo. Los malabarismos para hacer lo que se suponía que debía hacer como Camille, mientras ocultaba lo que no debía hacer, han resultado mentalmente extenuantes.

Pero saber que ella no ha tenido éxito hace que todos mis esfuerzos hayan valido la pena. Quizá el día de hoy ha sido un fracaso para ella, pero no lo será para mí.

Cuanto más me acerco a casa, más lentos se vuelven mis pasos. Las últimas dos semanas han sido un torbellino emocional, y ahora estoy notando el impacto.

A estas alturas, es probable que Camille ya esté otra vez en su hotel, profundamente dormida, mientras yo subo renqueando por el sendero de acceso. El resplandor de la luna llena arroja una densa sombra sobre nuestra casa, cubriendo el patio delantero con un manto de oscuridad. Hay el suficiente silencio como para que casi pueda oír los crujidos y gemidos de una estructura demasiado vieja para sostener el peso de tantos residentes. En su momento había albergado a una sola familia, pero después

fue dividida para crear cuatro unidades separadas. Es solo cuestión de tiempo que las costuras acaben reventando.

Esto es básicamente una casa de huéspedes de la que nadie se marcha. En teoría, tal como está concebida, debería atraer a inquilinos que solo necesitan un sitio durante un breve periodo de tiempo: personas atascadas por un tiempo entre su pasado y su futuro.

«He dejado a mi esposa, pero no nos hemos divorciado todavía».

«Me han despedido de mi trabajo y no he encontrado otro todavía».

Lo peligroso es ese «todavía», la esperanza de que vivir en un sitio como este es algo temporal y de que un cambio de vida positivo está a la vuelta de la esquina.

Un cambio de vida positivo que harás todo lo posible por alcanzar, como yo he hecho hoy.

Me trasladé a esta casa hace años porque era lo único que podía permitirme, y no he ahorrado el dinero suficiente para mudarme... todavía. Es casi seguro que todos los que viven aquí podrían decir algo similar.

Esto no es un hogar para siempre, pero de algún modo se ha convertido en eso.

Mi unidad tiene su propia entrada exterior en la parte trasera, pero al ver encendida la luz de la cocina me dirijo hacia esa puerta.

Giro el pomo y la abro.

Veo un montón de caras mirándome desde la gastada mesa de madera de la cocina. Todo el mundo está aquí.

—¿Ha habido suerte? —pregunto.

Deacon meneaba la cabeza y dice:

—No, él sigue allí.

—Vale, pasamos al plan B.

3

Hank

DESPUÉS DE LA COARTADA

Domingo, 11 de octubre

Mis neumáticos chirrían al doblar la curva. Estoy conduciendo más deprisa de lo que debería en una calle residencial y en un domingo por la mañana, puesto que es probable que haya críos montando en bici, pero estoy aterrorizado. Hace uno de esos días perfectos, con el cielo azul totalmente despejado, en los que buscas cualquier excusa para salir. La gente está fuera lavando el coche y arrancando malas hierbas de los parterres, y hay un puesto de limonada en la calle, pese a que estamos en pleno mes de octubre.

Pero esto solo es la calma antes de la tormenta. Toda esta gente ignora por completo que su tranquilidad está a punto de irse al garete.

Igual que la mía cuando he recibido esa llamada histérica hace siete minutos.

Reduzco la velocidad justo lo suficiente para no tomar la curva sobre dos ruedas y entro en el sendero de acceso.

Mi camioneta se detiene con un chirrido y veo que ella está esperándome donde yo le he dicho que lo hiciera. Parece que tendremos unos minutos para hablar a solas, aunque no será ni mucho menos el tiempo suficiente.

Camille está sentada en los escalones de piedra que llevan a las enormes puertas de madera de su casa, abrazándose con fuerza las rodillas. Se ha apartado el pelo de la cara, recogiénoselo detrás, y le da de lleno el sol de media mañana, con lo que resulta fácil ver lo pálida que está.

Me acerco rápidamente y me acucillo a su lado.

—Hank... —Se le quiebra la voz al decir mi nombre.

Tiene regueros de rímel en ambas mejillas y le gotea la nariz. Ladea la cabeza y se seca las lágrimas con la manga de la blusa, aunque otras vienen enseguida a ocupar su lugar.

—¿Hay alguien más aquí? —Señalo el Mustang rojo de 1970 que está en la zona de aparcamiento extra junto al garaje. Resulta difícil no fijarse en él y, además, aquí está completamente fuera de lugar.

Ella se vuelve a mirarlo y se pone algo más rígida.

—No..., ese coche ya estaba ahí. No hay nadie más.

Su respuesta suscita más preguntas, pero las dejo de lado por ahora.

—Espera mientras echo un vistazo dentro.

Ella me sujeta del brazo y me mira abriendo mucho los ojos.

—No..., no entres...

Le cojo la mano, dándole un apretón rápido.

—Enseguida vuelvo.

Presiono la manija hacia abajo con el codo y luego empujo la pesada puerta con el hombro.

El olor es lo primero que percibo. Se me forma un nudo en la garganta mientras me subo la camiseta para taparme la nariz. El panorama que me espera dentro hace que casi se me doblen las rodillas. Es tan espantoso como ella me lo ha descrito. Doy un paso, luego dos, pero me detengo antes de entrar en el despacho que comunica directamente con el vestíbulo.

Ben está tendido en el suelo, y el tono gris violáceo de su piel me dice que lleva muerto bastante tiempo.

No resulta fácil mirar lo que le sucede a un cuerpo en ese estado. Aunque está claro que ya no se puede hacer nada por Ben, me acerco un poco más. La sangre parece haber salido de un orificio de su pecho antes de empapar la alfombra que tiene debajo, pero sin tocarlo es imposible saber si ha sido una bala, un cuchillo u otra cosa lo que ha causado esa herida.

Me asalta una oleada de dolor, pero la reprimo con esfuerzo y la dejo para más tarde. Ahora, mientras Camille está fuera hecha polvo y la policía viene para aquí a toda velocidad, no puedo ocuparme de eso.

Me cuesta apartar la mirada del cuerpo de Ben, pero tengo que aprovechar el tiempo al máximo antes de que llegue la policía, porque entonces ya no me dejarán entrar. Recorro el despacho con la vista, asimilándolo todo, y trato de ver con objetividad lo que tengo ante mis ojos.

El escritorio es una gran pieza decorada que constituye el centro de la habitación, y él está tendido justo al lado. Intento imaginar los pasos que lo han llevado hasta ahí. Imaginármelo vivo en este espacio. La silla del escritorio está apartada hacia atrás, o sea que podría haber estado sentado y haberse levantado para rodear el escritorio por la derecha, dejando la silla vuelta en esa dirección. Pero no logró llegar más lejos.

Hay otras dos sillas más pequeñas para los invitados frente al escritorio, y la más cercana a Ben está caída de lado. ¿Había alguien ahí sentado y la ha volcado al apresurarse a enfrentarse con él? Aparte de eso, el resto del despacho parece intacto. No hay nada que parezca haber sido registrado o que esté fuera de lugar, aunque sí veo varias carpetas de sus clientes sobre el escritorio. Ben puede haber desaparecido, pero los clientes siguen protegidos por el secreto profesional. Ni siquiera una escena de asesinato constituye una excepción que permita a la policía examinar esa información, así que tomo una nota mental para ocuparme de eso cuando lleguen aquí.

Detrás del escritorio, pegado a la pared, hay un aparador donde está el portátil de Ben abierto, aunque con la pantalla apagada. Las estanterías de la pared del fondo parecen en orden, y las puertas del armario del mueble bar están abiertas. El decantador de cristal que sé por experiencia que contiene el mejor bourbon que he probado en mi vida está un poco adelantado, fuera de su lugar habitual. Me vuelvo hacia el escritorio para buscar el vaso que Ben debe haber utilizado para servirse un trago, pero no lo veo. Al avanzar un paso y desplazarme hacia la izquierda, descubro que está en el suelo, detrás del escritorio, caído de lado, pero todavía intacto.

Echo una última mirada a su cuerpo y salgo del despacho.

¿Qué coño ha pasado aquí?

Ya habrá tiempo más tarde para llorarle; ahora lo que tengo que hacer es ocuparme de Camille.

Vuelvo afuera y me siento en el escalón junto a ella.

—Cuéntame exactamente lo que ha ocurrido cuando has llegado a casa. —Ella tiene los ojos vidriosos, como si no me viera en realidad. Como si no me oyera.

Le cuesta tomar aire.

—He entrado por la puerta del garaje como hago siempre. He llamado a Ben. He ido a buscarlo... y entonces... lo he visto. En..., en el suelo. —Se vuelve y mira la casa—. He llamado al 911. Ellos querían que me mantuviera al teléfono, pero yo estaba muy asustada. Sabía lo unidos que estabais vosotros. Ben..., Ben siempre me decía que podía llamarte en una emergencia. Así que te he llamado. Luego he salido aquí. Como tú me has dicho.

Las sirenas que suenan a lo lejos me dicen que apenas nos queda tiempo.

—Ben tenía razón al decirte eso. Escucha. La policía va a hacerte un montón de preguntas para poder encontrar al que ha hecho esto. Responde con sinceridad. Pero no hagas suposiciones. No des nada por supuesto. No aceptes nada de lo que te digan si no crees que es correcto. Si no puedes responder o no crees que debas responder a una pregunta, mírame a mí. Yo tomaré las riendas. No te preocupes por lo que eso pueda parecer. Es mejor prevenir que curar. —Nos estamos mirando a los ojos. Yo le estoy diciendo un montón de cosas y espero que asimile la mayor parte—. ¿De acuerdo?

Ella asiente.

—Necesito oírte decir «de acuerdo».

Camille vuelve a asentir y deja escapar débilmente un «de acuerdo».

—¿Tú acababas de volver a la ciudad ahora, cuando me has llamado?

Le tiembla el labio inferior y una parte del pelo se le suelta de la pinza que lo mantenía sujeto, pero ella no hace caso.

—Sí. Acabo de volver. Ahora mismo.

Le aprieto el brazo.

—Lo estás haciendo muy bien. Resolveremos todo esto. Pero ahora lo que debemos hacer es superar las próximas horas, ¿de acuerdo? ¿Has tocado algo del despacho? ¿Has visto alguna cosa fuera de lugar en la casa?

—No..., no lo creo... Solo he dejado mis cosas en la cocina..., he ido a buscar a Ben y entonces he visto... —No puede terminar la frase.

—Bien. Lo estás haciendo muy bien. —No parece lejos de cerrarse por completo.

Cuando el primer coche de policía llega al sendero, Camille se pega a mí, sollozando.

Hay muchas cosas que ignoro sobre lo ocurrido, pero mi primera prioridad es ella. Es lo que Ben querría. Ya me ocuparé del resto más tarde.

Dos agentes se bajan del vehículo y corren hacia nosotros, con las manos en las pistolas. Da la impresión de que hay una docena más de sirenas aproximándose rápidamente. Me imagino que todos los vecinos están asomándose para observar mejor lo que pasa, aunque no les resultará fácil ver gran cosa porque en este barrio las casas están muy apartadas de la calle.

Uno de los dos agentes se queda a unos pasos; el otro se detiene justo frente a los escalones.